

650

depts paquetes 12

~~no 50,~~

53

UVA. WJSC. LEG. 08-1 n°0650

DISCURSO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

IMPORTANCIA Y NECESIDAD

DEL ESTUDIO

DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA.

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0650

HTCA

U/Bc LEG 8-1 n°650



1>0 0 0 0 2 8 7 1 2 0

IMPORANCIA Y NECESIDAD

DEL ESTUDIO

DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA.

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0650

DISCURSO

LEÍDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUJIA

D. RAFAEL ANTONIO GOMEZ Y SÚNICO,

en el acto solemne

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA MISMA FACULTAD.



MADRID.

IMPRESA DEL SEMANARIO PINTORESCO Y DE LA ILUSTRACION,

A CARGO DE DON B. J. S. C. DE LA G. O. B. T. F. 200650

1854.

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DEL REINO DE ESPAÑA EN MEDICINA Y CIRUGIA

D. RAFAEL ALFONSO GARCÍA Y GUTIÉRREZ

DE LA FACULTAD DE MEDICINA Y CIRUGIA

DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID

EN LA BARRICA DEL PUERTO



MADRID

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0650

1874

Excmo. é Illmo. Señor :

HACE algunos años declamaba un ilustrado Catedrático de esta Universidad Central, contra el vicioso modo con que se comprendia é interpretaba la importancia de la historia de la Filosofía; y la lectura de su obra, igualmente que la persistencia de las razones que la motivaron, me han sugerido la idea de esta Memoria, en la que, destituido de pretensiones, procuraré bosquejar en cortas líneas cuál sea la verdadera importancia de la historia de la Medicina.

Trazar un cuadro de ella, por pequeño y reducido que fuese, seria adoptar el camino mas largo aunque el mas seguro, para la demostracion de mi aserto.

Muy distinto es por el contrario el modo con que me propongo considerar esta cuestion, cuya índole y naturaleza reclaman los mas prolijos estudios y las mas desinteresadas observaciones.

Es costumbre algo generalizada entre los escritores de Filosofía, Ciencias naturales y Medicina, empezar sus diferentes obras didácticas por una reseña histórica de los adelantos de la ciencia de que seguidamente se ocupan; pero semejante modo de proceder es desconocer por completo cuál sea la índole del estudio de que trata: con efecto, para ellos la historia es un estudio de cru-

dición, un complemento de los estudios preliminares, un lujo científico, por decirlo así, por mas que esto sea opuesto á la razon, por mas que semejante conducta sea un contrasentido: porque ciertamente el que se dedica á esta clase de trabajos; el que busca en la historia lo que puede y debe buscarse en ella, es decir, el recuerdo, la perpetuidad de los errores en que han incurrido nuestros antepasados, así como las verdades que nos han trasmitido; el que de estas dos premisas deduce la necesaria, la importante consecuencia del progreso científico; el que mediante esta comparacion abjura de las falsas creencias, de las ilusorias hipótesis, que fascinando la ardiente imaginacion del jóven, desvian su cerebro de la senda de la observacion y de la verdad; el que por último, ve en la historia la Filosofía de la ciencia á que se dedica, jamás empezará sus escritos por reseñar ideas fuera de los alcances de los lectores que ni saben comprenderlas ni apreciarlas, y que son además impotentes para deducir de ellas consecuencias racionales.

Auméntase ciertamente el contrasentido, si al reconocer los estudios históricos como meramente complementarios y de erudicion, se antepone el complemento á la obra, y el fin al principio. Depende pues esto, como dije al empezar mi Memoria, del vicioso modo con que se ha considerado la historia de todas las ciencias; pero concretándome á la Medicina, trataré de probar su inmensa importancia; diré mas, su imprescindible necesidad, puesto que tiende á demostrar tres evidencias que desmienten las estúpidas acusaciones lanzadas á nuestra facultad por la incredulidad y la ignorancia.

Ya lo hemos dicho, la historia, trasmitiéndonos los conocimientos de los que nos han precedido y el modo de adquirirlos, nos lega una sábia é irrecusable esperiencia que nos sirva para arreglar nuestra conducta ulterior; nos demuestra además la unidad de la Medicina; y de estas dos premisas deduzco con el mayor gusto, con el mayor entusiasmo, una tercera, la verdad, la innegable verdad de nuestra ciencia.

La primera de estas tres proposiciones no necesita demostracion, y estendernos sobre ella seria molestar y aun ofender la ilustrada atencion de los que me dispensan el honor de escucharme.

Voy pues seguidamente á manifestar como verdad indestructible, que la historia de nuestra ciencia es una; que cuantos sistemas médicos se han ideado, por mas opuestos y contradicto-

rios que á primera vista parezcan, encierran en realidad el mismo pensamiento, deben su origen á las mismas causas, y tienden á producir y han producido en realidad los mismos resultados.

Innata la Medicina como la Filosofía, existentes una y otra en el hombre desde el momento que enfermó y reflexionó, la observacion, la analogía y la esperiencia la dieron origen en las encantadoras regiones que habitaban los primeros pobladores de nuestro planeta. La intuicion necesaria é innegable tambien, aunque reconociendo una procedencia superior á nuestra limitada inteligencia, se unió á los medios de que esta dispone para contribuir á la aparicion de una ciencia tan benéfica como consoladora.

Juntas entrambas, la Filosofía y la Medicina, pero ambas reveladas, ambas naturales, prodigaron sus beneficios en medio de aquellos siglos envueltos en el misterio, en la oscuridad y en la poesía, hasta que Thales de Mileto dando un nuevo giro á los reducidos conocimientos que se tenian, les imprimió una marcha natural y filosófica, que modificada de diversas maneras, sirvió de fundamento á las escuelas griegas que le subsiguieron.

Pitágoras, superior á su siglo, y como presintiendo las ideas que ulteriormente habian de sucederse, emitió su sistema de la unidad, y aparecen con él fuerzas espirituales que sostienen la armonía en todo lo creado. La insuficiencia del agua, del fuego y del aire para explicar los complicados fenómenos que se verifican en nuestra máquina; los errores á que habian sido conducidos por la adopcion esclusiva de cada uno de estos poderes, produjeron una reaccion saludable, un sistema completamente científico, que se elevó en alas del génio creado y sostenido por el respetable anciano de Coos. La observacion y la esperiencia en manos de este sábio, oportunamente aplicadas á la curacion de las enfermedades, han inmortalizado su nombre, y no sin justicia han hecho se mire á Hipócrates como padre y fundador de la verdadera Medicina; del mismo modo que Sócrates habia conquistado para sí iguales títulos con respecto á la Filosofía. De su autorizada cabeza, de su infatigable génio, surgió benéfico el dogmatismo, cuyo brillo no han sido bastantes á eclipsar los delirantes extravíos de los modernos reformadores. El tiempo tambien ha respetado tan sublime obra, y la historia patentiza sus glorias y su poder.

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0650
Fuera importunamente prolijo, si tratase de demostrar, ana

lizando minuciosamente los escritos de los médicos posteriores á Hipócrates, que su dogmatismo resplandece aun en los sistemas en que mas se hace alarde de negarlo; y como ni es este el objeto de mi Memoria, ni pudiera hacerlo con el tacto con que ha tratado esta importante cuestion en este mismo sitio un ilustrado jóven, me limito á dejar consignados estos hechos, por lo que pueden servirme para la demostracion de mi aserto. Justipreciando las diferentes ideas sostenidas por todos los médicos acerca de la enfermedad y de su tratamiento, y rehuyendo entrar en la esposicion de sus sistemas por las razones ya enunciadas, voy solamente á inquirir el espíritu que los animó, para deducir una consecuencia favorable á la unidad de la Medicina.

Galeno, que aunque en otra forma siguió las huellas del oráculo de la Grecia; Fernell, y en el decurso de los siglos Boheraave, Baglivio, Borsieri, Lancissi, Stoll, Sydenham Tissot, los dos Frank, Morton, Hildembrand y Hufeland, aceptaron las ideas de aquel respetable anciano, demostraron la veracidad de sus doctrinas, y nutrieron este sistema filosófico con las luces que la inmensidad de los tiempos habian hecho brillar, del mismo modo que con los frutos de sus génios tan distinguidos como eminentes. Por ello han merecido de la posteridad el renombre de médicos hipocráticos, y esta calificacion me escusa de demostrar la perfecta identidad que existe entre sus principios y los sostenidos por el padre de nuestra ciencia.

Pero la verdad es que otros autores, émulos de la gloria de su predecesor, han querido arrebatarse sus triunfos, apoyándose para ello en la importancia esclusiva de determinados ramos del saber médico.

Y no hablo de Paracelso, de ese orgulloso delirante que en su arrebatado frenesí osó llevar la mano allí donde no se han atrevido los hombres mas eminentes, los de nombradía mas esclarecida; que en su ignorante extravío rechaza cuanto se habia dicho antes de él, desdeña la observacion y la esperiencia, y dando á su imaginacion atrevida un vuelo tan ridículo como injustificado, nos habla del cielo, de los astros, de la Biblia, en vez de hacerlo de la tierra, de los enfermos y de las obras de Hipócrates.

Merece sin embargo notarse, que es tal la fuerza de la verdad, que muy á pesar suyo, admitiendo poderes superiores, demuestra la existencia del principio vital preconcebido y evidenciado por el mismo de cuyas doctrinas se burlaba.

No es pues Paracelso quien puede citarse para romper los lazos, para destruir la unidad que existe en los principios de nuestra ciencia; porque si es posible buscar luces en el oscurantismo, principios en la ignorancia, debemos reconocer que aceptaba tácitamente á no dudarlo los mismos que al parecer ardientemente combatia.

¿Y qué diremos del empirismo de esa escuela de necesaria aparicion, para poner coto á las demasías de las escuelas filosóficas reinantes? Si aun en su mismo trípode reconocen ellos la importancia de la historia, ¿qué hemos de decir nosotros, entusiastas de la ciencia y partidarios acérrimos de la perpetuidad de las sanas doctrinas?

Consagremos nuevamente un recuerdo á la secta cabalística, á la falsa Filosofía de los orientales, á eso que se halla llamado teosofía.

¿Podemos hallar alguna verdad en medio de sus errores, algunos principios análogos á los sostenidos por la escuela secular? Para ellos los seres sobrenaturales, los mil y un fantasmas de los mitos, de los indios y de los chinos, reproducidos con ridícula convicción, y engalanados con el pomposo lenguaje de los alquimistas, han sido en las obras de Rosa-Cruz y demás partidarios de esta secta los que jugaban el mas importante papel en nuestra economía; destellos de Zoroastro, la magia nos recuerda su nombre; y aunque con atrevidas pretensiones, son en realidad partidarios del vitalismo y de la naturaleza, en medio de sus dorados sueños sobre la piedra filosofal y sobre la posibilidad de conseguir la eterna duracion de la materia.

Van-Helmont con su química vital, y despues de él naturalistas mas ilustrados, refiriéndome aun á los de nuestros dias, han visto al organismo á través de sus reacciones, y se han prometido imitar en sus crisoles sus actos mas sorprendentes. ¡Vana pretension que peca por exagerada, como lo han demostrado muy bien Spallanzani y Weber en sus infructuosos ensayos!

¿Qué es en realidad el jugo gástrico obtenido por el primero sobre su bufete; qué la urea imitada allí por el segundo? Miserables destellos de una organizacion superior, destituidos de la fuerza que los debia animar, y destinados tan solo á evidenciar mas la verdad que sustentó.

No se olvide sin embargo, que abstraccion hecha de su exclusivismo, químicos de *Uganda* han descubierto importantísimos secretos, depositando además en nuestras manos saludables

armas para combatir ventajosamente muchas enfermedades. Y débese esto en gran parte á que sus corazones, fieles á la bandera de la verdad, eran por ella guiados para no interrumpir tampoco la admirable unidad de las doctrinas médicas.

Esta verdad enseñada por la historia realza las pruebas que aduzco en pró de mi proposicion, y sus errores, que tambien ella perpetúa, son igualmente una nueva demostracion de la importancia y necesidad de su estudio.

Stall, mudo testigo de las consecuencias dependientes de la exageracion de un principio por otra parte muy respetable, separa su vista del mundo material, y lanzándose á su vez en el de los espíritus, desconoce la importancia del estudio de la naturaleza, niega la de la anatomía, y tremola el pabellon del vitalismo admitiendo el alma como esclusiva causa de todos los efectos creados.

Se ve pues, que queriendo evitar una exageracion en un sentido, incurre en otra no menos tachable, abre un nuevo campo á las hipótesis, y hace reaparecer en la escena médica las entidades proclamadas por Pitágoras, Paracelso, Van-Helmont y otros. Pero tampoco se desvió de las huellas de nuestro respetable maestro; porque del mismo modo que los químicos habian observado la naturaleza á su manera, pero siempre estudiándola y respetándola, por mas que tratasen de hacer extensivas estas aplicaciones á fenómenos fuera de su alcance, así tambien aplicó su método á la observacion de la naturaleza, y no á otra cosa es debida su teoría sobre la inflamacion.

¿Y habrá alguno que rechace la identidad que existe entre los pensamientos de los solidistas y los del creador del dogmatismo? Léanse las respetables páginas escritas por Bichat en su Tratado de las Membranas, en sus Investigaciones sobre la vida y la muerte; nótese que del mismo modo que reluce en estas obras la innegable importancia de la anatomía, brilla la verdad de los dogmas hipocráticos, y la minuciosa atencion con que los apreciaba aquel observador profundo. En tiempo de Galeno y de sus sucesores, el humorismo desempeñaba el principal papel; pero este era únicamente el medio de que se valian para esplicar la administracion de sus medicamentos, sugerida realmente por la doctrina dogmática.

En tiempo de Bichat y en el de Morgagni y demas anatómicos de la escuela de Pavia, el solidismo es á su vez la teoría destinada á legitimar tratamientos deducidos de las ideas dogmáticas;

y si bien la anatomía ejerció una influencia extraordinaria, descubriendo misterios antes inconcebibles, ilustrando la Medicina en los puntos mas oscuros de fisiología, así como en el mejor conocimiento de las fiebres y padecimientos cerebrales, no puede desconocerse que un mismo espíritu anima á estos escritores, y que este espíritu no es distinto del que hemos anteriormente reconocido.

Los modernos anatomo-patologistas, Chomel, Louis, Rostan y Crouveiller, han mirado la piretología con ojos al parecer distintos de los de la escuela esencialista; localizadores acérrimos, espidiéndose á sí mismos el diploma de positivos y racionales, han negado la esenciabilidad de las fiebres, creando en reemplazo de ellas una enfermedad mónstruo, la calentura tifoidea, susceptible de revestirse de diferentes formas, que semejante al girasol hacen su colorido incierto y su diagnóstico dudoso. Pero preciso es decirlo, hay un gran número de tifoideas cuyo asiento no es posible localizar en las glándulas de Brunnero y en los folículos de Peyero.

La naturaleza no se amoldaba á la teoría: abjurar de esta era confesarse vencido; negar la verdad, era una inmoralidad escandalosa; y los localizadores en realidad dogmáticos no han desatendido esta vez la autorizada voz de la observacion racional, y han orillado la cuestion admitiendo el tiphus fever sin lesiones intestinales.

Queda pues igualmente demostrado que la escuela anatómico-patológica es tambien dogmática en sus teorías, y dogmática en su terapéutica; y no pudiera ser de otro modo; porque siendo las lesiones cadavéricas en el mayor número de casos efecto de las enfermedades ó consecuencia de la muerte, son impotentes para esplicarlas, toda vez que esta pretension equivaldria á confundir el efecto con la causa, ó á considerar como consecuencias debidas á la organizacion, resultados solo esplicables por las leyes físicas.

Las grandes ideas, como los grandes acontecimientos, se anuncian, segun demuestra la historia, con una anticipacion proporcionada á la índole del principio que se va á proclamar; porque del mismo modo que la naturaleza camina siempre por insensibles gradaciones, así tambien la inteligencia humana no puede, obediendo esta regla general, pasar súbitamente de las tinieblas á la luz, del error á la verdad, de la ignorancia á la sabiduría.

Cullen, Brown y Broussais aparecen sucesivamente, en prueba de esta verdad, encadenados en medio de los siglos para no destruir la armonía de la ciencia, por más que á primera vista

pueda mirárseles como mantenedores de los mas opuestos principios. ¿Qué hay en verdad de comun entre el espasmo del célebre catedrático de Edimburgo, la atonía del inglés que le sucedió, y la irritacion proclamada por el médico de Val de Grace? ¿Cómo armonizar ideas al parecer tan contradictorias?

Como no se trata de analizar palabras, sino de apreciar hechos; como en estos hechos hay un principio comun que los domina; y como este principio ha sido igualmente reconocido por los tres escritores de que me ocupo, no se estrañe los declare idénticos en el fondo, aunque muy distintos en la apariencia. Cada uno de los tres por su parte ha descubierto, mejor diré, ha hecho comprender el valor relativo de las tres mas importantes fuentes de enfermedades, como son, los desórdenes producidos por la alteracion del sistema nervioso, los dependientes de una debilidad radical de organismo, y los muy numerosos que sobrevienen por consecuencia de la irritacion.

Cada uno de ellos con sus trabajos han prestado un distinguido servicio á la humanidad, que de ningun modo puede desconocerse; pero enorgullecidos con sus descubrimientos, los han generalizado en demasia, y de principios generalmente admitidos han pasado á deducciones por su exageracion completamente desacreditadas. Pero dicho se está que semejante discordancia desaparece cuando se compulsan detenidamente sus escritos, y cuando se observa que, animados los tres de un mismo pensamiento, tienden indudablemente á patentizar la inmensa importancia que ejercen en nuestro organismo el sistema sanguíneo y el innervador. Este principio, comun á los tres, generalizado prudentemente, y aplicado con tino práctico á la solucion de los casos clínicos, es en el fondo el dogmatismo; es por lo tanto la comprobacion de mi aserto, el triunfo de mis opiniones.

Ahora bien: si del análisis practicado resulta la armonía mas perfecta, la unidad mas absoluta, en medio de la aparente discordancia que existe entre escritores de tanta nombradía, ¿puede esperarse vengan á destruir esta verdad esos raquíticos y defectuosos sistemas que parodiando los desvarios de Paracelso, transmiten sus errores haciendo á la humanidad víctima de ellos?

No ciertamente: todos comprendemos la índole de las teorías homeopáticas é hidroterápicas; las que si bajo un aspecto nos recuerdan como hemos dicho los misterios de la cábala, reproducen bajo otro punto de vista las ideas de Stall, por sus medidas higiénicas y por su prudente espectacion.

Finalmente, un nuevo sistema médico aspirando á regularizar la ciencia, como la máquina mejor ordenada, parece á primera vista escluir el raciocinio, y contando las curaciones obtenidas á beneficio de tales ó cuales medicamentos, pretende prevalezcan unos sobre otros, prévia una adición exacta que sirva de base para tratar ulteriormente del mismo modo los casos análogos.

Y ya se comprende que hablo de la estadística, método que habiendo aparecido fuera de nuestro país, podrá mirarse como un imposible absurdo, ó como una verdad trivial segun el número de restricciones que adopte. Mas basta una ligera reflexion para convencerse de que siendo la estadística imposible si no se reúnen casos iguales, lo que equivale á decir si no se hacen diagnósticos idénticos, y siendo en realidad estos una deducción, un raciocinio completo que el médico hace atendidas las causas y síntomas de la enfermedad, se comprende desde luego que la estadística sin esto nada es, mientras que haciendo uso del raciocinio, queda reducido al dogmatismo.

Tenemos pues demostrado que la historia de la medicina es importante bajo dos grandes puntos de vista: primero, por los conocimientos que, perpetuados por ella, nos ha legado la antigüedad, base de nuestra esperiencia é ilustracion: segundo, porque en estos conocimientos resalta una perfecta unidad, como se deduce de cuanto llevo espresado, y como habia ya anunciado al empezar mi Memoria.

La conclusion mas interesante, la que mejor demuestra la importancia de la historia, es la tercera de las que me propuse analizar; esto es, la verdad de la medicina. ¿Y cómo dudar de ella en vista de las razones precedentes? ¿Cómo aumentar el número de esa turba inconsiderada que insensatamente lanza sobre nuestra profesion las inconcebibles acusaciones de incertidumbre y vaguedad?

Si como á primera vista aparece, hubiese existido una horrible lucha entre los principios médicos sostenidos en todos tiempos y países; si se hubiesen proclamado las teorías mas opuestas; si se hubiesen servido de los sofismas para comprobarlos, y del charlatanismo para asegurar su crédito; si la humanidad, víctima de tal desorden científico, hubiese sido sucesivamente sometida á las medicaciones mas opuestas, pudiera entonces, evocando tan triste y dolorosa esperiencia, verificarse un terrible absurdo, el triunfo del escepticismo y la muerte de la filosofía.

Pero cuando acabamos de demostrar todo lo contrario; cuando desde muy antiguo un mismo principio en medio de la estincion y reaparicion de las generaciones se ha conservado puro, intachable, imperecedero y con un brillo siempre en aumento, al cual han contribuido los hombres mas grandes de todas las escuelas, ¿quién osará recurrir al escepticismo aceptando la duda como el mas racional de todos los partidos? ¿Qué causas pudieran legitimar esta conducta? ¿Es la inconexion que se nota entre los principios de nuestra ciencia? ¿Es la desgracia que frustra los ventajosos resultados que debian esperarse del tratamiento mejor concebido? Pero sinada de esto eixste; si los principios fundamentales de nuestra ciencia han sido generalmente reconocidos y estimados por todos los médicos eminentes; si las desgracias de la práctica son completamente ajenas á la teoría, ¿cómo abrazar un partido absurdo, una duda injustificada, no obstante las mil razones que arguyen en pró de la exactitud de mi aserto?

Solo la verdad, como decia el malogrado marqués de Valdegamas, tiene la prerogativa de trasmitirse al través de los siglos; y solo la historia, pudiera decir parodiándolo, tiene la prerogativa de trasmitir esta verdad. Ella resplandece, no solo en la uniformidad que distingue los escritos hipocráticos y los de los médicos que adoptaron sus doctrinas, sino aun mucho mas en aquellos que tratando de impugnarlo, descubrieron su insuficiencia, haciendo al propio tiempo el mas cumplido panegirico de la solidez de sus principios, de la exactitud de sus aplicaciones.

¿Y quién nos ha revelado esta verdad? ¿Quién desvanece nuestra incertidumbre, cuando al consultar en la práctica los autores mas heterogéneos, nos hallamos en la mas completa irresolucion, en la duda mas desconsoladora?

Solo la historia de nuestra ciencia: ella nos enseña á imitar la conducta de Médicos eminentes en casos análogos; ella en su consecuencia nos guia por el sendero de la verdad, señalando los funestos errores que deben evitarse; ella contesta dignamente las acusaciones dirigidas á nuestra patria por la arrogancia extranjera, inmortalizando los nombres de Ponce de Leon, Piquer, Laguna, Pedro Virgilio, Gimbernat, y Severo Lopez; ella en fin nos hace comprender toda la sublimidad, toda la majestuosa verdad de nuestra ciencia, haciéndola salir triunfante de los ignorantes brazos de sus detractores: su estudio, además de proporcionarnos una erudicion lúcida necesaria para la cátedra, es el complemento de todos los demás, y la antorcha que ilumina nuestro

entendimiento disipando las dudas que lo asaltan; debiendo por lo tanto verificarse según está oportunamente mandado al final de nuestra carrera, y colocarse además como epílogo y no como cabeza de las obras didácticas que se publiquen.

Imposibilitado, Excmo. é Illmo. Sr., de estenderme mas, pues creo haber abusado de la indulgencia de tan ilustrado Claustro, y quedando además completamente probada la proposición que me propuse demostrar, réstame tan solo, cumpliendo con un deber gratisimo, confesar ingénuamente que esta misma conclusión que he tenido que deducir con una rapidez acaso exagerada, quedó perfectamente demostrada en las científicas é ilustradas esplicaciones de mi respetable y erudito Catedrático el Dr. Salvá, siendo este un nuevo motivo que aumenta sobre este punto la seguridad de mis convicciones.

HE DICHO.



entendimiento dejando las dudas que lo asaltan; debiendo por lo
tanto verificarse según está oportunamente mandado al final de
nuestra carrera, y colarse además como epílogo y no como ca-
poza de las obras didácticas que se publican.

Imposibilidad, Excmo. Sr., de estar de más, pues
creo haber abusado de la indulgencia de tan ilustre Claustro, y
quedando además completamente probada la proposición que me
propuse demostrar, restarme tan solo, cumpliendo con un deber
gratísimo, confesar ingenuamente que esta misma conclusión que
he tenido que deducir con una rapidez algo exagerada, puede
perfectamente demostrarse en las creencias e ilustradas expli-
caciones de mi respetable y erudito Catedrático el Sr. Sáiz, siendo
esto un nuevo motivo que aumenta sobre esto punto la seguridad
de mis convicciones.



0500 n 1-80 35108 KAD